

## HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

### ESCRITORES IBEROAMERICANOS EN ESTADOS UNIDOS

**C**REO que tendrá algún interés para los lectores de ATENEA, e indudablemente lo ha de tener para los escritores que hay entre ellos, una descarnada relación de mis experiencias y observaciones personales sobre la suerte que han corrido algunos autores iberoamericanos en Estados Unidos.

Nuestra literatura era totalmente ignorada en ese país hasta no hace más de veinte años atrás. Los críticos que curioseaban en las letras extranjeras y que se asomaban, de tarde, a las de la Península, se detenían invariablemente en Cervantes y Camoens y sus contemporáneos, ni más ni menos que si se tratase de la literatura de una raza extinta, de la Atlántida, por ejemplo. Lowell, el pontífice máximo de la crítica norteamericana por más de medio siglo, no hace mención de los escritores de habla española o portuguesa de su tiempo.

La resonancia de «Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis» puso otra vez a España en el mapa de la literatura universal, por lo que se refiere a Estados Unidos. Pero fué ese un triunfo de circunstancias, un triunfo partidista preparado con más habilidad que arte, por un maestro de la publicidad, que era además un vigoroso escritor. Así vino a probarlo el hecho subsecuente de que ninguno de los mejores libros de Blasco Ibáñez, incluyendo «La Barraca», alcanzara más allá de la primera edición. Pero debe ser dicho, en honor de la memoria de Blasco, que por el ancho surco abierto por él en la áspera corteza de Yanqui-landia, se desparramaron luego otras semillas: Benavente, Eça de Queiroz, Martínez-Sierra, Valle-Inclán; y, por último, los cuatro o seis escritores iberoamericanos de que vamos a ocuparnos.

---

Esta manera de razonar sobre la propagación literaria no parecerá muy clara para aquellos de los lectores que no conozcan la literatura como profesión. Pero mis colegas saben de sobra cuánto influye la demanda del mercado en ciertas bogas literarias y en la orientación comercial de los editores. Antes de la estrepitosa publicidad que le trajo a Blasco en Estados Unidos el éxito de su novela de la Guerra, ni un sólo editor norteamericano se habría detenido a considerar la posibilidad de publicar una traducción de autor iberoamericano, y ni siquiera peninsular, por la sencilla razón de que no vería cómo interesar al público en nombres y aún en países ignorados por su clientela.

De ser aceptada esa explicación, deberá aceptarse también que afirme que la razón de que no haya más demanda por libros iberoamericanos en Estados Unidos, no es otra que el hecho de que ninguno de los autores traducidos hasta hoy haya tenido siquiera un mediano éxito. Comencemos cronológicamente con la novela «Canaán», del brasileño Graça-Aranha, traducido al inglés por C. Lorente y publicado en Boston hará unos quince años. La traducción es bastante aceptable, si se considera que la vibración lírica, el poder de la imaginación y el colorido del estilo del neo-lusitano sólo podrían ser adecuadamente vertidos al inglés por un Swinburne. Era la primera obra de aliento con que probábamos fortuna entre anglosajones, a menos que se incluya entre éstas la «María» del judío colombiano Isaacs, de la cual se me confesó traductor un día el redactor-jefe del «New Times», Mr. Rollo Ogden.

En cuanto a «Canaán», cayó *flat*, como ladrillo que se precipita al fondo de un pozo, entre aquel inmenso público devorador de magazines de patrón convencional. La crítica pasó por alto la obra; y una vez más la creación febril de un artista fué a parar, reseca y descolorida, en los escaparates de las librerías de ocasión, a lo largo de Madison Avenue. Allí encontré yo mi ejemplar en 1923.

Vinieron luego los «South American Tales» del uruguayo Horacio Quiroga, traducidos al inglés por Arthur Livigston. El libro apareció ilustrado, y bajo el patrocinio de un buen editor; pero aunque esos Cuentos de la Selva, trazan en la maraña de Misiones un rastro paralelo al de Kipling en la *jungle* de la India, por una razón u otra las fábulas del suramericano no interesaron a los mismos muchachos rubios que deletrean en su original las aventuras de Baghera y Riki-Tiki-Tavi. Los revisores de prensa acogieron generalmente bien a Quiroga en lengua inglesa, y su libro le sigue pagando una modesta renta en

dólares; pero no es esto ni la sombra de la popularidad del escritor en tierras de nuestra América.

La tercera tentativa toca a «La Gloria de Don Ramiro», del argentino Enrique Larreta. El libro, traducido y publicado primero en Inglaterra, llegó a Estados Unidos por intermedio del editor Dutton, el mismo de Blasco-Ibáñez. Esta meticulosa reconstrucción arcaica, tenida por un clásico de la literatura del Nuevo Mundo, no dejó rastro en Norte-América. Cuando conocí al autor en Buenos Aires, en 1927, me anunció una nueva traducción inglesa por la marquesa de Clermont-Tonnerre, que iría ilustrada por Sirio, para ser publicada en Estados Unidos; pero está a la vista que el campo no está más propicio hoy que ayer para esa clase de novelas.

Y me adelanteré a decir que ojalá el lector suspicaz no vea en esto las resultas de la indiferencia, la prevención o el menosprecio del editor norteamericano por nuestra literatura. Me bastará insistir en que los editores no son otra cosa que comerciantes deseosos de encontrar mercadería vendible, cualquiera que sea su procedencia, y que el norteamericano dedicado a la industria del libro está en esto también entre los más emprendedores y arriesgados del mundo. Autores como el mismo Blasco, el italiano Papini, el alemán Wassermann, el judío francés Maurois, el polaco Raymont, la novelista sueca Siegrid Unsedt, el noruego Hansum, el ruso Ivan Bunin (incluyendo su «Gentleman from San Francisco»), hasta las escritoras surafricanas Olive Schreiner y Ethelreda Lewis, junto con una veintena de novelistas, ensayistas y poetas inglesas de hoy, son suficientes ejemplos para probar la acogida que espera al escritor afortunado en Estados Unidos.

---

A mi paso por Buenos Aires, aquel mismo año 1927 a que ya aludí, el editor de Ricardo Güiraldes me dió un ejemplar de «Don Segundo Sombra», a fin de que lo diera a conocer en Estados Unidos. La obra estaba en toda su resonancia; su autor acababa de morir, y la conciencia argentina, desprendida de las preveniciones y rivalidades que suscita en vida el escritor, lo consagraba ya como su autor más criollo, émulo en la prosa, del Hernández del «Martín Fierro». Hice pues con él lo que había hecho con una docena de autores de nuestra lengua, dedicándole una página en «Suplemento Literario del New York Times». Conforme con lo que consideraba mi objetivo, por el momento, describí minuciosamente el ambiente donde se mueven los últimos gau-

chos, dejando tecnicismos literarios y puntos de estética para cuando el público norteamericano esté algo familiarizado con nuestro espíritu.

Al día siguiente de la publicación, recibí un telegrama y luego un llamado telefónico del consultor literario de la firma Doubleday-Doran, una refundición reciente de dos poderosas casas editoras de Nueva York. Se me pedía con anormal cortesía, que, si no era esto ponerme en grave molestia, les hiciera el favor de decirles dónde podrían procurarse un ejemplar de la novela de Güiraldes. Sabiendo que yo tenía probablemente el único ejemplar existente en dos mil leguas a la redonda, Juan de Buenalma, me apresuré a ofrecerles el mío. Pasaron días y semanas y ni noticias. Al fin, urgido por la petición de otros editores, traté de hablar con mi primer solicitante. Ni éste ni el libro parecían por ninguna parte. Tras mucho investigar, recibí carta del editor del «Bookman», John Farrar, *doctor en letras* de Doubleday-Doran, carta que guardé por mucho tiempo, y en la cual se dolían copiosamente de que todo el personal de la casa no hubiese sido suficiente para desenterrar el libro prestado. En realidad, la obra había sido desechada al primer vistazo, por no tener suficiente *kick*, vale decir, guitarreo a la española, raptos, violencia. Seguramente Mr. Farrar prefirió no guardarse la respuesta mía. La minuciosidad con que cuento estos menudos incidentes debe servir para revelar trazos de psicología nacional hartos reveladores, o déense por no escritos.

En romance claro, lo que ocurrió fué que el *lector literario* de Dutton se fué como perro a bofe sobre la novela gaucha, creyendo asegurado otro «Sheik» por el estilo del intrépido y amoroso beduino de la solterona Miss Hull, que sirviera a Valentino para encarnar una de sus creaciones cinematográficas más devastadoras entre jóvenes y viejas, y que diera a sus editores no menos pingües ganancias. Pero visto que el libro de Güiraldes era apenas una obra maestra de pintura local, algo idealizada en el hombre, pero admirablemente fiel en la naturaleza, la cordial simpatía del autor por su protagonista no podía servirle de mucho en tierras extrañas. Imagínense ustedes un jeique de poncho deshilachado, que no tiene una sola aventura amorosa a lo largo de las cuatrocientas páginas en que va recorriendo esa «pampa de velluda frente» de que nos habló su compatriota Sarmiento.

Creo necesario insistir en que sería absurdo esperar que los norteamericanos tuvieran una apreciación parecida a la nuestra en materias de arte o en cualquiera otra que no toque a los sentimientos fundamentales del individuo común. Lo que acabo

dé contar va más bien a delatar su desconocimiento de nuestras características verdaderas, profundas. En «Don Segundo Sombra» no hay sin duda la suficiente acción inmediata, los incidentes espeluznantes que serían de esperar en un rincón de las Tierras Vírgenes. Todo es allí afanes cotidianos, acendrados y embellecidos en la imaginación de un escritor de raza por los capitosos recuerdos de la niñez. Hasta es posible que, de ser Güiraldes un escritor de genio, hubiese dado a esos incidentes groseros trascendencia universal y eterna, hasta donde es humanamente posible, tal como ocurre, por ejemplo, en Tarass Boulba, en Don Quijote o en Homero. Y aun así, es dudoso que sea una regla general absoluta la de que los más grandes escritores se aclimatan en todas las tierras y en todas las zonas del espíritu, y que su obra tenga la misma elocuencia en cualquiera lengua. Disquisiciones abstrusas aparte, no sería mejor hacerse esta simple pregunta: ¿Será que el genio literario del Nuevo Mundo no ha llegado todavía a esa madurez que agrada al paladar de todos los hombres?

---

Poco después de lo que llevo contado, un amigo de Nueva York me prestó un librito que yo andaba buscando desde hacía tiempo: «Los de Abajo», del mejicano Mariano Azuela. Al fin, me dije, tenemos algo que les vendrá como el guante al dedo a aquellos norteamericanos cultos que gustan de un realismo concentrado, de las aguas-fuertes en la literatura! Y como el redactor de «The Nation» y el «Herald-Tribune», Mr. Lewis Gannett, me hubiera pedido varias crónicas bibliográficas, le escribí para ese diario una noticia literaria entusiasta sobre aquella pequeña gran novela de la revolución mejicana. Esta vez anduve más afortunado o más advertido en la rebusca de editor, y le facilité el libro a Knopf. Publicado al cabo de pocos meses en inglés, «Los de Abajo» tuvo buena prensa, pero sólo un mediano éxito de librería.

El triunfo de un libro de autor iberoamericano en Estados Unidos no podrá llamarse tal sino el día en que lo apadrine alguno de los tres «clubs» libreros de Nueva York. Estos grupos ofrecen al público suscripciones anuales que incluyen de doce a veinticuatro libros escogidos por un consejo literario de firmas bien acreditadas de entre el fárrago de los libros nuevos. Lo más próximos que hemos estado a ese triunfo fué cuando «El Puente de San Luis Rey», novela introspectiva y retrospectiva de asunto criollo limeño (tomado en préstamo de Merimée), alcanzó esa

distinción del Literary Guild, lo que significaba para comenzar una circulación asegurada de más de cien mil ejemplares.

Este triunfo pudo haber sido de José Eustasio Rivera, el malogrado novelista y poeta colombiano, muerto casi repentinamente en Nueva York en 1928. Allá por Junio de ese mismo año, habíamos trabado conocimiento con él en una reunión literaria y artística en que se cantaron canciones típicas mejicanas por niñas vestidas de chinas poblanas y mozas tapatías, y en el curso de la cual Rivera nos sorprendió cumpliendo al pie de la letra su desafío de poder completar de memoria cualquier párrafo de su novela «La Vorágine» con que sólo se le endilgara en la primera palabra.

Era un hombre de unos cuarenta años, fornido, ágil. Lo moreno de su cara provenía de haber sido retostado por los soles de las grandes jornadas hasta el linde de las selvas del Amazonas. La voz cadenciosa del colombiano, sus ojos velados por la melancolía, cubrían blandamente los arranques de un temperamento impulsivo y arrogante. El hombre encuadraba bien en su obra. Ese relato novelesco, desordenado y truculento, de una correría por los llanos y las marismas del Río Negro, el Casiquari y el Orinoco, con su crueldad salvaje y sus pasajes esplendorosos—una persecución a que ponen fin los caimanes de un pantano; unos viajeros sorprendidos por un vendaval en medio a la llanura ahogada; un vuelo de garzas de dorado plumaje como vistas al trasluz de un atardecer del Trópico—no podían haber sido escritas sino por un hombre en quien la sensibilidad y la fuerza armonizaran, influenciándose recíprocamente.

Se veía que Rivera había vivido su libro antes de escribirlo. La propia anécdota que ya he contado revela que lo llevó adentro hasta que cada uno de sus rasgos se plasmó en su memoria. Y, sin embargo, cosa curiosa aunque no rara, Rivera, hombre de acción, naturaleza vehemente, sacaba más satisfacción de amor propio de su breve vida política como diputado que de su acierto como escritor. Alcanzo a presidir una comisión investigadora del petróleo en la Cámara de Diputados de Colombia; y su energía en estrujar a los que vendían el patriotismo nacional, le daba aún inmensas satisfacciones al relatar sus incidentes, si bien con ello cortó en seco su carrera política. Entonces, sintiéndose aislado en un ambiente hostil, fué cuando decidió su viaje a Nueva York.

Grande fué mi asombro del primer momento cuando vine a darme cuenta en el curso de una estrecha amistad de que el poderoso temperamento que había trazado los cuadros calientes y deslumbrantes de «La Vorágine», no tenía nada más adentro:

ni el bosquejo de otra novela, ni un cuento siquiera. Autor de un libro que igualaba por su áspero vigor y su colorido lo mejor de Horacio Quiroga, y que acaso le sobrepasaba en *élan* poético y en elocuente interpretación de las fuerzas sordas y ciegas de la naturaleza, Rivera se había vaciado literariamente en un sólo libro, se había quedado con su mente en blanco, como una recién parida después de una hemorragia mortal... Apunto el caso porque es sintomático de la breve vida literaria de la juventud iberoamericana.

Pronto hablamos con Rivera de las posibilidades de una traducción de «La Vorágine» al inglés para ofrecérsela a un editor neoyorquino. Me pidió inmediatamente, con su decisión característica, que la emprendiera yo mismo en compañía de Earle James, otro chileno, ahora redactor de la revista *Chile*. Así convinimos, pero cuando yo indiqué la conveniencia de cortar aquí y allá, torciéndole a medias el cuello a la oratoria, cuyos ecos van rebotando por todos los ámbitos de la novela, Rivera se encastilló en su intangibilidad. Yo desistí entonces, muy a mi pesar, de intervenir en la traducción, convencido de la imposibilidad de hacer pasar en pleno siglo XX y en la tierra del *jazz*, tiradas a lo Chateaubriand.

En una velada que le ofreció poco más tarde el capítulo español de la Universidad de Columbia, Rivera compuso para los oídos yanquis una rapsodia en prosa en que puso su declaración de fe literaria. Entonces me convencí de lo errado de mi pretensión de que un escritor ya maduro se aviniese buenamente a despojarse de sus defectos conservando todas sus cualidades intactas. Rivera estaba entre los escritores que han desarrollado su facultad auditiva por encima de las otras, como le ocurre a la mayoría de los oradores.

Como su prosa, sus versos. Heredia y Leconte de l'Isle le habían sugerido el gusto por las vastas evocaciones de la naturaleza comprimidas en la intensidad de un soneto. Nada de sutileza ni de reconditeces psicológicas en este hombre hecho de una pieza, maciza y recia como un tronco selvático. En sus evocaciones se amontonan horrores sobre horrores en una sucesión de pesadilla. La naturaleza y el hombre conspiran para hacer de la selva un cerco en que la criatura humana es alternativamente la presa y el cazador. Los hombres y mujeres de «La Vorágine» son poco más que esbozos de un Juicio Final catorcionado por el dolor y la ferocidad.

Piénsese entonces en la dificultad de hacer a semejante escritor comprensible para un público norteamericano refinado, como es el que busca autores extranjeros. Aquellos de mis lec-

tores que conozcan la literatura inglesa, pueden tomar como punto de comparación o de contraste «The Sea and the Jungle», de H. M. Tomlinson, y podrán apreciar al instante la diferencia en el calibre de la sensibilidad y en disciplina artística entre uno y otro temperamento.

No es, pues, tan raro que un editor tras otro fueran rechazando la traducción de «La Vorágine», y que, pronto como siempre en sus resoluciones, Rivera le diera vuelta la espalda un buen día y se pusiera con igual empeño a preparar una cuarta edición de su novela en castellano. Ayudado por amigos de todas partes, reunió millares de direcciones, y solo en su departamento en una pensión rusa de la calle 73, fué amontonando las circulares y boletas de propaganda, compuestas una a una por él mismo en su maquinilla de escribir, mientras una victrola le iba recitando acompasadamente al oído sus lecciones de inglés. Planes editoriales más vastos, que abarcaban ediciones neoyorquinas de los mejores escritores de América, le comenzaban a preocupar.

El fin vino de repente y puede ser contado en pocas palabras. Fatigado por esta labor mecánica, acaso secretamente desalentado por los contratiempos de la traducción, Rivera hubo de madrugar un día desapacible de Noviembre para ir hasta las ciénagas de Nueva Jersey a despedir a su compatriota, el aviador Méndez, que debía comenzar allí un viaje que no terminaría en parte alguna conocida. De allá se trajo Rivera el germen de un resfrío, que a los tres días daba entrada a una aplopegía maligna. Gérmenes latentes en su organismo desde sus correrías por las selvas tropicales, debieron colarse por esta brecha abierta en su vigoroso organismo; y a los dos días de ser sacado inconsciente y entre convulsiones para el hospital, Rivera moría solo e ignorado en la ciudad más populosa del mundo.

—En Diciembre volveré a Colombia, me había dicho aquella primera vez que hablamos, y terminamos la velada en un cafetín de Washington Heights. Efectivamente, en los primeros días de Diciembre de ese mismo año de 1928, salía mi infortunado amigo en hombros de unos cuantos colombianos para su tierra natal, que había de recibirle en póstuma apoteosis como a tanto profeta desterrado en vida. — ERNESTO MONTENEGRO.